

PILAR MOLINA

# Personajes de papel

por Pilar Molina Llorente



**M**is primeros recuerdos de niña entremezclan el cuadrito de sol que se formaba en el suelo del cuarto de estar con las canciones que tarareaba mi madre para dormir a mis hermanos, el olor a canela del arroz con leche que preparaba mi abuela con

los giros vertiginosos de los aullantes vencejos que pasaban rozando el balcón de mi habitación.

No recuerdo en cambio cuándo aprendí a leer. Por muy atrás que vaya en mi memoria no encuentro ese momento en el que se confunde la *d* con la *b*, se pregunta uno sobre la utilidad

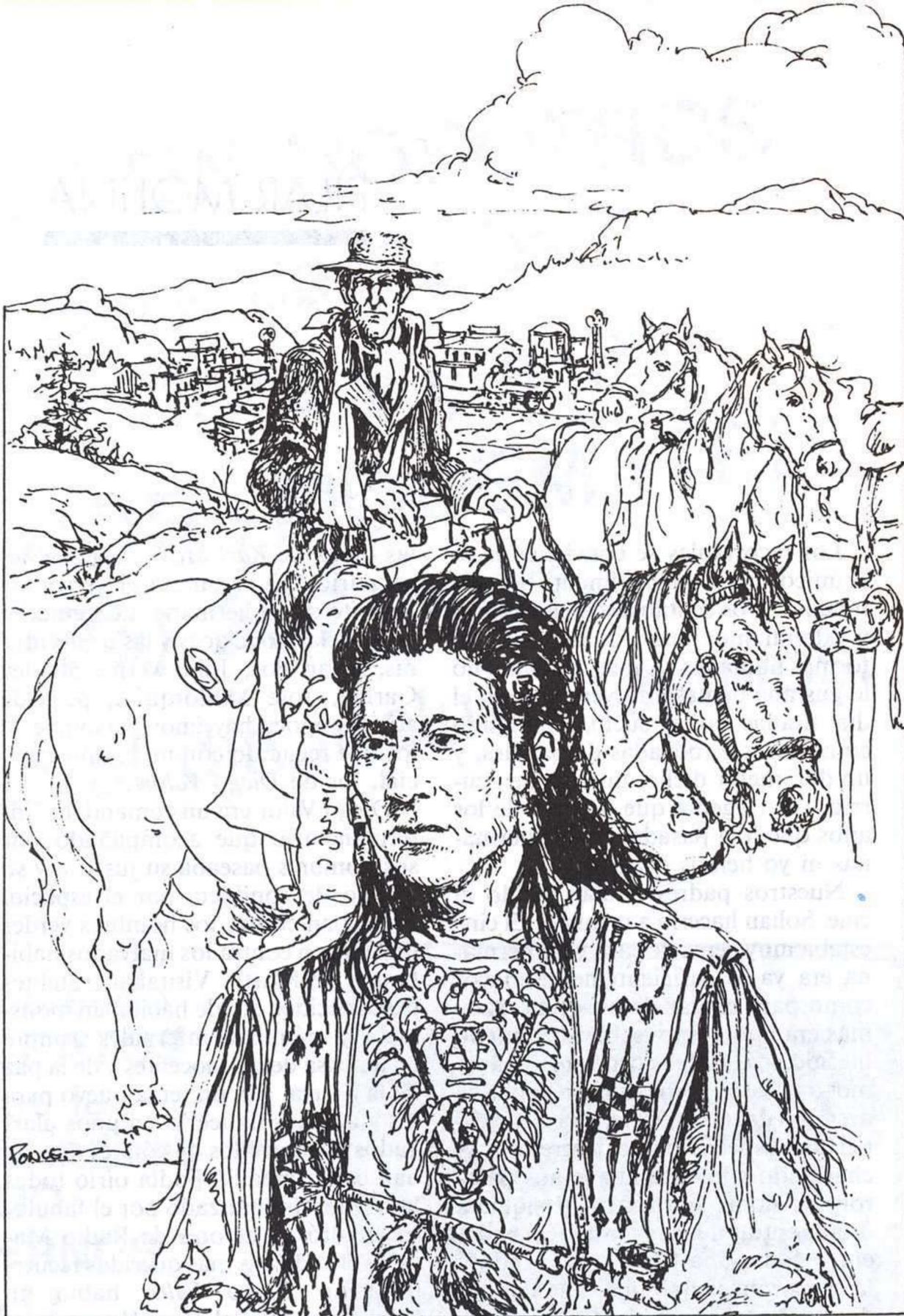
de la *h* o de la *u* detrás de la *q*. Para mí leer es como andar o coger la cuchara. Me han contado que me enseñó mi hermana cuando yo tenía dos años y ella cinco. Que un niño de dos años aprenda a leer no tiene nada de especial. Si puede retener los nombres de más de treinta pitufos y distinguir-

los por sus mínimas diferencias, también puede aprender y combinar unas letras. Lo verdaderamente asombroso es que una niña de cinco años enseñe a leer a otra de dos.

Mi casa estaba llena de libros. Había estanterías en todas las habitaciones, incluido el cuarto de baño. Había libros de pastas duras llenos de fórmulas y números, con dibujos y fotografías de piezas dentadas y extrañas herramientas. Había pequeñas novelas románticas y delgados cuadernillos policíacos, novelas del oeste, de terror, de humor, de aventuras, periódicos, revistas, tebeos...

Mi hermana leía todo lo que estaba a su alcance y cuando no lo alcanzaba ponía una silla. Quiero decir que a excepción de los libros de mecánica de mi padre, muchos de ellos en alemán, todo lo demás le interesaba. A mí no; yo leía los tebeos y los pies de las ilustraciones que más llamaban mi atención, pero lo que prefería era observar. Era tan interesante ver rascarse la cabeza a una mosca... seguir el camino del sol en la pared según caía la tarde... oír el ritmo del batir de los huevos para la tortilla... espiar cómo se comía la plancha las arrugas de la ropa... El mundo era fascinante y yo era consciente de ello. El cambio de los colores con las luces, los contornos y las líneas, las expresiones de las caras, los sonidos, los ruidos, lo permanente y lo cambiante, lo amable y lo desagradable, las ilusiones y las decepciones, lo relativo del tiempo... todo era para mí una experiencia digna de estudio y me hacía pensar.

Pensar y buscar respuestas a las mil preguntas de cada día era el ejercicio de mis noches sin sueño. Tenía miedo a dormirme, cuando estaba despierta podía controlar mis pensamientos y mis reacciones, pero en cuanto me dormía el miedo se apoderaba de mí y me hacía despertar sudando y con un temblor en todo el cuerpo. Es el miedo de los niños. Ahora que soy madre me doy cuenta de que en una u otra medida el miedo es el compa-



JOSÉ MARÍA PONCE, EL TESORO DEL LAGO DE LA PLATA, MADRID: ANAYA, 1991.

ñero de todos los niños hasta los diez años. En mi casa no se lloraba de noche ni se llamaba a mamá, ni mucho menos se encendía una luz. Nadie lo había hecho antes y era impensable pedirlo. No sé si mis hermanos llegaron a pasar tanto miedo como yo, pero nunca comentamos nada.

Mi hermana y yo jugábamos a los recortables con las niñas que vivían en el primero. Eran dos hermanas poco más o menos de nuestra edad que tenían una tía modista. Cada año, cuando la tía de nuestras vecinas renovaba sus figurines, nos regalaba los antiguos y nosotras recortábamos los que más nos gustaban. Algunas veces los pintábamos de colores, pero los lápices patinaban en el papel satinado y todo se teñía de un gris sucio. Otras veces jugábamos con recortables de verdad que comprábamos en el quiosco. Jugar a los recortables o a las muñecas es básicamente poner y quitar

vestidos: de playa, de invierno, para esquiar, el disfraz... pero nosotras no jugábamos así, los vestidos eran casi un estorbo para el desarrollo del juego. Nosotras creábamos personajes. Mi hermana conocía por los libros tantas aventuras y tantos ambientes que le era muy fácil crear misteriosos espías, enigmáticas chicas, malvadas institutrices, valerosos libertadores... Mi cultura no alcanzaba a tanto, mis personajes eran más inocentes, más simples, pero servían de ensayo para mis experiencias y mis conclusiones. No es lo mismo pensar en algo, que verlo reflejado en un individuo aunque éste sea de papel.

Algún tiempo después dejamos de jugar con nuestras vecinas y entró en el juego mi otra hermana, casi cuatro años menor que yo, que con su sentido del humor y su ingenio incorporó una serie de graciosos y burlescos personajes.

Los recortables se convirtieron en el único juego que realmente nos entretenía. Nos sentábamos en el suelo y extendíamos nuestros papeles con formas humanas. A nuestro padre no le gustaba demasiado vernos todo el día tiradas en el suelo, charlando como loros y rodeadas de papeles, y un día, mejor dicho, una noche ocurrió una tragedia que a pesar de los años que han pasado, ni mis hermanas ni yo hemos olvidado.

Nuestros padres habían salido al cine. Solían hacerlo a menudo. El cine estaba muy cerca de casa y mi hermana era ya lo suficientemente mayor como para cuidar de nosotras. Además era muy responsable; siempre lo ha sido. Antes de acostarnos jugábamos un rato, pero aquella noche la aventura de nuestros personajes de papel era especialmente interesante y charlando e inventando se nos pasaron las horas sin sentir; ni siquiera oímos entrar a los mayores. Mi padre entró como una furia, nos mandó a la cama y haciendo una bola con todos nuestros recortables los tiró al retrete y tiró de la cadena. Fue una verdadera tragedia, así lo sentíamos nosotras. Estuvimos llorando con la cabeza debajo de las sábanas toda la noche.

En los días siguientes nos dimos cuenta de que no necesitábamos aquellos papeles para hacer vivir a nuestros personajes; sólo teníamos que hacerles hablar, contar entre nosotras sus aventuras. A partir de entonces nuestros juegos fueron hablar y leer. Mi hermana me enseñó los libros de los que habían surgido sus fascinantes personajes, me contó sus historias, me habló de los lugares y de los tiempos y me descubrió el mundo silencioso que se amontonaba en las estanterías de casa y que sólo esperaba que me aventurase por él.

Primero fueron las novelas del oeste con sus fantásticas descripciones de las praderas, los cañones y los espacios abiertos, mi padre tenía toda la colección de *Zane Grey*, y enseguida

las obras de *Karl May*, ya que el legendario Winnetou era el personaje favorito de mi hermana. Le siguieron las novelas policíacas y las de aventuras, Allan Poe, Julio Verne, Stanley Garner, José Mallorquí..., pero de aquella época hay unos personajes a los que recuerdo con un cariño especial, los de *Diego Valor*.

Diego Valor era un comandante interplanetario que acompañado por sus hombres paseaba su justicia y su código de conducta por el espacio. Luchaban contra los hombres verdes de Venus o contra los malvados habitantes de Marte. Visitaban satélites desconocidos donde habitaban monstruos y máquinas infernales siempre en defensa de los inocentes y de la paz de la Tierra. Era un tema nuevo para mí y además de leerlo en unos alargados cuadernillos de cómics que salían cada semana, podía oírlo todas las tardes dramatizado por el fabuloso cuadro de actores de Radio Madrid, otro de mis más queridos recuerdos. En *Diego Valor* había un personaje, Miguel Portolés, que me emocionaba de manera especial. Un personaje generoso, sereno, capaz de todo por fidelidad. El eterno segundo, que es desde entonces mi favorito en las novelas, películas y narraciones de todo tipo.

Buscando ese personaje llegué al Horacio de *Hamlet*, al Antonio del *Mercader de Venecia*, al Jonathan de la *Biblia*... y alrededor de ellos a un sinnúmero de personalidades capaces de sugerir otras muchas. Leer, imaginar, recrear o ver imágenes para recrear, imaginar y volver a leer. En resumen, buscar el fondo de cada personaje y la forma de cada historia y cuando no existe, crearlo. Lo verdaderamente apasionante de la literatura es, al menos para mí, crear personajes capaces de pensar y sentir por sí mismos, capaces de relacionarse unos con otros hasta formar un universo imaginario que a menudo alcanza proporciones reales. Personajes vivos en el papel. ¿Personajes de papel? ■

## Bibliografía (selección)



### Infantil-juvenil

- Ut y las estrellas*, Madrid: Doncel, 1964.
- El terrible florentino*, Madrid: Doncel, 1973.
- El mensaje de Maese Zamaoor*, Madrid: SM, 1981.
- Patatita*, Madrid: SM, 1983.
- El parque de papel*, Madrid: SM, 1984.
- Poemas*, Madrid: SM, 1985.
- La visita de la condesa*, Madrid: Susaeta, 1987.
- El largo verano de Eugenia Mestre*, Madrid: Anaya, 1987.
- Aura Gris*, Madrid: Bruño, 1988.
- El aprendiz*, Madrid: Rialp, 1989.